

YU YU (俞瑜)

*Universidad de Estudios Internacionales de Shanghai*

## Reflexiones sobre la “neoizquierda” latinoamericana

**Resumen:** Este trabajo se centra en el reciente surgimiento de la corriente política “neoizquierda” en Latinoamérica, a través de un análisis diacrónico y una comparación con las otras ideologías tradicionales de dicha región, se resaltan las nuevas características que ha venido adquiriendo la actual izquierda latinoamericana.

**Palabras clave:** Latinoamérica, izquierda, ideología, política.

Junto con una creciente e inextirpable disparidad económica entre ricos y pobres que ha venido experimentando la sociedad latinoamericana en los últimos diez años, el adoptar una posición política demagógica y sobre todo distinta que la de otros partidos políticos tradicionales ya ha llegado a ser un arma mágica al que acuden no pocos políticos para obtener mayores números de votos. Hojeando periódicos y revistas de nuestro país, hoy en día es muy frecuente encontrar artículos en la columna de asuntos internacionales sobre alguna noticia candente relacionada con el resurgimiento de la llamada “nueva izquierda” o “neoizquierda” latinoamericana. Puede que la palabra “neoizquierda” sea muy apta para poner de manifiesto la situación actual de América Latina, si no, no podría ser tan citada por los columnistas y periodistas. No obstante, se nota que muchos de estos artículos pretenden acentuar, más que necesario, el carácter izquierdista de esta tendencia política induciéndonos a enlazarla con la izquierda latinoamericana de los años sesenta o setenta del siglo pasado; y además, esta “neoizquierda” latinoamericana que puede dejarnos un gran impacto a primera vista debido a su sencilla denotación, de hecho, entraña sutiles cábalas a causa de su compleja connotación. En fin, todo esto nos empuja a tener reflexiones más objetivas y globales sobre esta “neoizquierda” latinoamericana del siglo XXI.

No ponemos en tela de juicio que para mucha gente, la palabra “neoizquierda” como derivado de “izquierda” y además arraigada en el conjunto latinoamericano, tendría que estar siempre vinculada con ciertos sellos distintivos, tales como la guerrilla, el maoísmo, la insurrección armada, el alboroto social, etc. Sin embargo, este vicio bastante común de clasificar un objeto simplemente pegándole una seña de identidad no debería privarnos de enfocar la cuestión desde un punto de vista más adaptado a las circunstancias actuales. Aquí me gustaría destacar que el prefijo “neo” de la palabra “neoizquierda”, aparte de indicar el tiempo de su aparición que es reciente, demuestra más aún lo nuevo de este concepto. Y en este pequeño trabajo, lo que nos proponemos es sacar un sumario de las características más representativas de que está compuesta la llamada “neoizquierda”

latinoamericana y hacer un análisis de los factores que han propiciado el resurgimiento de esta nueva tendencia política.

Como bien es sabido por todos, el término “izquierda” tiene una estrecha vinculación con el posicionamiento ideológico en la Revolución Francesa y más en concreto, se origina de la ubicación física de los convencionales que tenían posturas más radicales en lo político, lo religioso y lo social en contraposición de los monárquicos, clericales y grandes burgueses. Nacida en una familia tan numerosa formada por igualitarios, republicanos, laicistas, pequeños burgueses, proletarios, campesinos y otros más, desde el principio la “izquierda” ya está marcada con una notoria complejidad estructural, que no deja de ser reflejada visiblemente en el caso de América Latina.

De hecho, la “neoizquierda” latinoamericana es un concepto bastante amplio, que engloba, aparte de los partidos y movimientos sociales izquierdistas, también algunas otras fuerzas políticas disconformes con la situación actual de miseria y explotación y que procuran transformarla. En su mayoría se muestran en una actitud negativa hacia las reformas económicas guiadas por el neoliberalismo, abogan por conseguir una mayor justicia de la sociedad mediante reformas sociales, se oponen a la globalización económica dirigida por el Occidente y claman por el establecimiento de un orden internacional más equitativo y racional. En el bando de izquierda que ha venido avivando el paso en el palenque político de América Latina, no figuran sólo los partidos comunistas, socialistas, socialdemócratas, nacionalistas revolucionarios, sino también algunos otros grupos y movimientos sociales que representan el interés político del pueblo proveniente de la capa social media-baja y baja. Aquí lo que merece nuestra especial atención es que debido al carácter abigarrado de la “neoizquierda” latinoamericana, a pesar de la notable semejanza que se presenta en su posición política, existe una diferencia (o llamarla mejor como diversidad) de opiniones y medidas asignada a múltiples aspectos.

Frente a un bando político tan diversificado en su composición, nos sería bastante significativo tener un resumen de las características más representativas de que está compuesto, resaltando de esta manera la existencia de una relativa identidad inherente entre sí que puede definir claramente esta “neoizquierda” latinoamericana como una nueva tendencia política confluyente en vez de ser una simple resurrección de la izquierda activa en los años sesenta y setenta del siglo pasado.

La primera característica es que la “neoizquierda” latinoamericana ha alcanzado el poder a través de las elecciones democráticas, habiendo descartado definitivamente la posibilidad de provocar una drástica revolución social mediante la fuerza armada. Echando un vistazo hacia atrás, el triunfo electoral de los líderes políticos de izquierda en sucesivos países como Hugo Chávez en Venezuela, Lula da Silva en el Brasil, Néstor Kirchner en la Argentina, Tabaré Vázquez en el Uruguay, Evo Morales en Bolivia, Michelle Bachelet en Chile, Daniel Ortega en Nicaragua y

Rafael Correa en el Ecuador constituye el botón de muestra más evidente de esta realidad. Incluso el venezolano Hugo Chávez, a quien se le ha pegado una etiqueta de “revolucionario radical y antiamericano intransigente”, ha subido al poder también por conducto de sufragio universal. Durante la insurrección golpista del año 2002, su legitimidad fue reconocida explícitamente por la OEA, destacando que “el presidente Chávez fue elegido democráticamente, por eso es inaceptable que un oficial de las fuerzas armadas pretenda ahora desconocer las normas del estado de derecho”. Y además, la prolongada gobernación también la ha logrado él por medio de un procedimiento democrático después de ganar el referéndum del año 2004 y conseguir más de un 60% de los votos emitidos en las elecciones presidenciales efectuadas en el pasado mes de diciembre. Así que esta nueva izquierda, que no tiene mucho que ver con la del pasado, consciente de la irrevocabilidad del desarrollo democrático para el pueblo latinoamericano, ha dejado las armas y optado por recurrir a la forma democrática de dictar un discurso electoral pragmático y demagógico, sabiendo que éste es el método del cual se ha valido para llegar al poder a través de las urnas.

La segunda característica consiste en que la “neoizquierda” se compromete a impulsar la causa de la igualdad y justicia social en América Latina, concediendo una prioridad a políticas orientadas a alcanzar dicho objetivo, al mismo tiempo de mantener un ritmo satisfactorio de crecimiento económico. Como bien se sabe, las reformas económicas del modelo neoliberal no han podido cambiar esencialmente la coyuntura latinoamericana caracterizada por un desarrollo económico inestable, una espantosa distancia entre los ricos y los pobres, la parcialidad en la distribución de ingresos, el empeoramiento de la seguridad social entre otros fenómenos, y como consecuencia, reina inevitablemente un ambiente inarmónico entre toda la población. Enfrente de esta larga serie de problemas y la voluntad del pueblo, que exige una reflexión sobre el neoliberalismo y la primacía de la equidad, los políticos de izquierda han formulado, partiendo de la realidad latinoamericana, sus sucesivas teorías y soluciones para los problemas más perjudiciales a la estabilidad social, tales como la pobreza, el desempleo, la corrupción, etc. Y para no citar muchos ejemplos aquí, la más conocida entre estas iniciativas tiene que ser el programa “Hambre Cero” del gobierno brasileño de Lula. Y por otro lado, ellos también hacen grandes esfuerzos por mejorar la economía sabiendo perfectamente que no se puede aspirar utópicamente a una igualdad y justicia social sin lograr un notable desarrollo económico, que es como si fuera un caballo insustituible de la biga.

La siguiente se muestra en que los políticos de la nueva izquierda latinoamericana aún guardan un tono “antiamericano”, intenso o aliviado, pero casi siempre acompañado del pragmatismo de armonizar sus relaciones con la única superpotencia mundial. Este “antiamericanismo pragmático” (si podemos llamarlo de esta manera) está reflejado actualmente en la reflexión sobre las reformas económicas guiadas por el neoliberalismo, el rechazo a la creación del ALCA y la resistencia a los principios de una globalización económica dirigida por los Estados Unidos. Y desde esta óptica,

notamos que el quid de esta actitud antiamericana ya no se trata de una simple confrontación con Norteamérica, sino la búsqueda del mayor beneficio para Latinoamérica. Por lo tanto, excepto unos pocos líderes políticos como Hugo Chávez, la aplastante mayoría de los gobiernos de izquierda procuran mantener relaciones normales con los EE. UU. o por lo menos, evitan suscitar conflictos directos. En muchas ocasiones, su postura antiamericana no se aplica sino para hacerle creer al electorado que ellos tienen mucho carisma y valor al atreverse a decir “no” ante los norteamericanos. De ahí se deduce que los políticos de izquierda prefieren ocasionar confrontación verbalmente con los Estados Unidos en las campañas electorales, y una vez que suban al poder, ya suelen adoptar políticas mucho más moderadas por la restricción de las condiciones objetivas. Citando el ejemplo de Hugo Chávez, aunque él tiene una posición antiamericana que ya se puede clasificar como radical, parece que tampoco tiene la intención de llevar a la práctica todo lo que ha venido diciendo en diferentes ocasiones.

La cuarta característica se plasma en que los gobiernos de la “neoizquierda” latinoamericana se preocupan bastante por salvaguardar la soberanía nacional, destacando la pretensión de controlar la explotación de recursos naturales del país, como el petróleo o el gas natural, pero siempre bajo una política moderada y conciliadora. Aquí veamos la llamada “nacionalización” de la industria energética en los países andinos como Bolivia, Venezuela y el Ecuador, que al principio fue interpretada por no pocos medios de comunicación del Occidente como una amenaza ahuyentadora para los inversores extranjeros. Pero no es nada ilógico pensar que los países productores de petróleo y gas natural tienen que asegurar el mayor beneficio económico para ellos frente a un mercado energético al alza en los últimos años. Y lo que pretenden los tres países arriba mencionados en esta campaña de “nacionalización” no es privar a las empresas extranjeras de sus activos, sino realizar un reajuste del repartimiento de ganancias entre el gobierno local y las empresas, a las cuales siguen dándoles autorización para realizar su trabajo de exploración, extracción y comercialización. Aunque aquí también se utiliza la palabra “nacionalización”, ya es un concepto nuevo y adaptado a la situación real, el presidente boliviano Evo Morales ha dado señales de un enfoque más moderado al decir las siguientes palabras:

Nacionalizaremos los recursos naturales, gas e hidrocarburos. No vamos a nacionalizar los valores de las multinacionales. Cualquier estado tiene el derecho de usar sus recursos naturales. Debemos de establecer nuevos contratos con las compañías petroleras basados en el equilibrio. Vamos a garantizar la recuperación de sus inversiones y sus ganancias, pero no por medio del saqueo y del robo.

Podemos decir que por falta de suficientes fondos y equipos tecnológicos, los países latinoamericanos se ven obligados a tomar ciertas medidas conciliadoras en semejantes circunstancias, a la vez de salvaguardar la soberanía y proteger los intereses económicos nacionales.

La última característica pero no la menos importante es que las circunstancias actuales de América Latina le han dado un semblante de sincretismo a la nueva izquierda, que se ha venido aproximando cada vez más hacia la línea de “centro-izquierda”. Seguimos con interés el fenómeno de que muchos partidos de izquierda tienen unas posturas de lo más radicales en las campañas electorales, pero en caso de que asuman el poder, enfrentándose con la realidad, no tendrán otro remedio que adoptar políticas moderadas y pragmáticas. Lo que aquí puede llamarnos la atención también es que incluso en las campañas electorales, algunos se alinean con los partidos de derecha o antiguos enemigos, haciendo esfuerzos conscientes por reajustar actitudes iniciales, para intentar disponer de un extenso apoyo proveniente de diversas capas sociales. Poniendo el ejemplo de Nicaragua, Daniel Ortega hizo alianzas con un abanico amplio de grupos e instituciones: con los ex-contras, con algunos antiguos somocistas, con la Iglesia, con algunos liberales como Morales Carazo, que fue candidato a la vicepresidencia. Es verdad que esas alianzas buscaban el objetivo de ganar más votos, pero le funcionaron al FSLN, insistiendo en la reconciliación y en la paz. Así observamos que en busca de una relativa identidad de valores y un amplio espaldarazo social, la “neoizquierda” latinoamericana está dispuesta a hacer adaptaciones en conformidad con las condiciones reales.

Después de hacer un pequeño resumen de las características más emblemáticas que reviste esta “neoizquierda” latinoamericana, considero oportuno ahora esbozar un conciso análisis sobre los factores que han causado la emergencia de esta nueva tendencia política.

Sin duda alguna, el factor principal de la emergencia de la nueva izquierda latinoamericana es la existencia de una repugnancia extendida con respecto a las reformas económicas estructurales planteadas y fomentadas por el llamado Consenso de Washington. Como sabemos todos, el meollo de estas reformas consiste en el modelo económico que es el neoliberalismo, en que se pretende minimizar la posible intervención del Estado frente a un mercado versátil, al objeto de alcanzar un mayor crecimiento económico. No obstante, en la mayoría de los países latinoamericanos, los resultados han sido contrarios a lo que se deseaba. El crecimiento económico conseguido ha sido insatisfactorio, por lo menos insuficiente para disminuir el nivel de pobreza y la disparidad económica entre los ricos y los pobres, que siguen siendo un fuerte dolor de cabeza para la sociedad latinoamericana. Ante esta situación, los movimientos y partidos de la “neoizquierda” han podido satisfacer, en cierto sentido, la expectativa del pueblo en lo referente a la justicia social y al desarrollo equitativo. Y el pueblo latinoamericano sí que ha depositado también su confianza en la nueva izquierda para la solución de algunos problemas sociales que no han tratado en forma debida los partidos de derecha. Por eso, el descontento generalizado con las reformas económicas neoliberales se ha convertido en uno de los elementos esenciales que les ha permitido acrecentar considerablemente su apoyo social y electoral.

En segundo lugar, se ha registrado una profunda transformación en lo que se refiere a la ideología y estrategia de la izquierda latinoamericana a partir de los años noventa del siglo pasado. Igual que otras partes del mundo, América Latina ha experimentado también los efectos del desmantelamiento de la Unión Soviética y la desaparición del socialismo del Este de Europa. Todos estos cambios drásticos obligaron a las fuerzas políticas de la izquierda latinoamericana a hacer una autorreflexión crítica y adaptarse a los nuevos tiempos. En este sentido, en vez de concentrar su énfasis ideológico como antes en la causa de la revolución socialista, ellos han empezado a virarlo hacia el concepto de la democracia social aprendiendo de los partidos de la izquierda europea a poner en práctica sus programas políticos en el marco de una sociedad latinoamericana ya regida por reglas democráticas. Y en cuanto a su estrategia de actuación, han dejado definitivamente la lucha armada y han optado por alcanzar el poder a través de las elecciones. Partiendo de la realidad de cada país, los políticos de la nueva izquierda suelen asumir actitudes bien prácticas y se esfuerzan por crear gobiernos íntegros y honrados refrenando la corrupción, que es aborrecida de muerte por las masas, con la finalidad de ganarse al mayor apoyo posible del pueblo.

En mi opinión, el tercer factor que ha propiciado la emergencia de esta nueva tendencia política consiste en que los partidos de la nueva izquierda latinoamericana en el poder han aplicado y están llevando a cabo pragmáticas y apropiadas políticas de gobernación. Como un buen ejemplo, estas políticas han surtido efectos positivos en la vertiente económica, y los países gobernados por los partidos de izquierda o centro-izquierda han experimentado en los últimos años una tasa de crecimiento económico por encima del promedio de toda América Latina. No obstante, al mismo tiempo de persistir en el desarrollo económico y defender el régimen democrático, estos partidos izquierdistas nunca se olvidan de tomar medidas favorables para las capas sociales medio-baja y baja, recalcando un desarrollo social armonioso, para reducir en gran medida el número de habitantes que viven en la pobreza. Y los resultados logrados por conducto de dichas medidas indudablemente han contribuido a consolidar la confianza o la expectativa del amplio electorado de cara a los gobiernos o los partidos de esta “neoizquierda”.

Creo que el cuarto factor causante puede incumbir en el fondo de democratización en la región latinoamericana. Este proceso de democratización que ha arrasado desde el río Bravo hasta la Tierra del Fuego, aunque tiene sus puntos débiles e imperfecciones, ha podido deparar oportunidades para algunos partidos políticos y movimientos sociales tradicionalmente excluidos, entre ellos figuran los de la “neoizquierda”. Por otro lado, los partidos gobernantes de derecha que habían estado en el poder por un tiempo prolongado debido a la falta de un mecanismo democrático, racional y ordenado de competencia, no prestaban suficiente atención a su propio desarrollo, y tampoco podían alejarse de políticas desacertadas y sucesivos escándalos de corrupción que les han venido llevando a un desprestigio ante el pueblo. Aprovechando esta ocasión, las fuerzas políticas de



izquierda, al saber diferenciarse de los partidos tradicionales, ya han tenido más posibilidad de contar con un amplio apoyo social. Por lo tanto, podemos decir que la llegada de la democracia en América Latina ha creado oportunidades favorables para la emergencia de la nueva izquierda.

El último factor se manifiesta en que la relativa negligencia del gobierno estadounidense hacia la región latinoamericana ha brindado un mayor espacio de movimiento para la “neoizquierda”. Como es sabido por todos, a partir del atentado del 11 de septiembre, el gobierno norteamericano ha dado la prioridad de su política exterior a Medio Oriente, que se encuentra en las primeras líneas de la lucha contra el terrorismo, y como consecuencia, América Latina ha dejado de desempeñar un papel de tanto peso como en la Guerra Fría. Claro, aquí no queremos decir que los Estados Unidos ya dejen su “traspatio” abandonado, sino que Latinoamérica temporalmente ha descendido de importancia estratégica para los norteamericanos. Por otra parte, la política unilateral aplicada por Norteamérica también ha despertado bastante descontento y objeción de casi todos los estratos sociales latinoamericanos. Enfrente de estas circunstancias, las fuerzas políticas de la nueva izquierda han empezado a tener un espacio mucho más extenso por donde moverse, reajustando programas de actuación y planteando nuevas propuestas, para poder ampliar su influencia política.

Lo que propongo en este trabajo es tener una visión un poco más amplia y objetiva sobre la “neoizquierda” latinoamericana, que constituye el mejor reflejo de la actualidad política de América Latina. Respetando los principios ideológicos clásicos y agregando los renovados, la “neoizquierda” latinoamericana ha conseguido crear una propia identidad de sí misma que la diferencia claramente de la izquierda de antes. Es una izquierda emprendedora, dinámica y adaptable a los nuevos tiempos, que ha ido evolucionando y dando respuestas a las necesidades diversificadas de la sociedad latinoamericana, y que sabe afrontar también los retos del siglo XXI.